

— Alarcos, sabio de la palabra y la amistad —

se puede aprehender mejor lo que es el lenguaje, lo que es su estructura, que —no lo discutirá nadie— es una estructura nunca rígida, siempre fluctuante y, si se me permite, ecléctica. Eclecticismo, sin embargo, no significa inconsecuencia. Y por otra parte, la historia de nuestra ciencia ha consistido en un entrecruzado juego de posiciones radicales y de conciliaciones. Consecuentes, pues, y eclécticos, vayamos al grano: al grano saussuriano, germinado en sus variedades pragmáticas, funcionalistas y glosemáticas».

EN 1955, a Emilio Alarcos, catedrático de Gramática Histórica, le correspondió pronunciar el protocolario discurso inaugural del nuevo curso. Podía haber escogido un tema más o menos arcano, y nada conflictivo, de su disciplina académica, pero prefirió ocuparse de un poeta que entonces comenzaba a sonar mucho, y a escandalizar lo suyo: Blas de Otero. Aquella lección magistral, lo fue de verdad y en un doble sentido: nos enseñó a desmontar los mecanismos lingüísticos del poema, a mirarlo por dentro y por fuera, sin que dejara de ser un poema, un organismo emocionante y vivo; nos enseñó también que el hombre libre crea siempre espacios de libertad en torno suyo, que la peor dictadura no es la que nos impone una panda de iluminados sino la que nos imponemos a nosotros mismos. Los ecos de aquel discurso llegan todavía hasta hoy, y ampliado en 1966 y en 1997 es uno de los libros básicos de la crítica literaria española. Blas de Otero, arropado y alentado por Alarcos, vino poco después a leer sus poemas a Oviedo y a Gijón. Un catedrático de literatura de la Universidad, Rafael Benítez Claros, no pudo entonces contenerse y escribió una delación disfrazada de artículo que inmediatamente entró a formar parte de la historia universal de la infamia. Era tal su vileza que el propio gobernador civil, celador de la ortodoxia del régimen, sólo dejó publicarlo en versión atenuada: «Repito que es ilusión llamarse a engaño con la poesía de este hombre. Ante ella tan solo caben dos posturas perfectamente definidas y claras. La primera es la de aquellos pocos cobardes, pero peor intencionados, a los que conviene sacar de madriguera de una vez, que se entusiasman alabando en Otero, en César Vallejo o en Pablo Neruda, aquellas ideas que por sí no son capaces de expresar. La segunda es la nuestra, la que por fidelidad a principios inalienables de espíritu y

«INDEPENDIENTE, sí, como Baroja, era Alarcos, pero no arisco, no egoístamente dedicado a la realización de su obra, sin tiempo para los demás. Cachazudo y calmo, sin aparentemente apresurarse nunca, tenía tiempo para todo: para sus clases, de las que no quiso jubilarse, para cursos de verano...»

de vida, a motivos sustanciales de fe y patriotismo, está obligada a desenmascarar personas y actitudes que, bajo capa más o menos poética, atacan con insidia a aquella propia España en la que libremente viven».

Las sutiles herramientas que Alarcos puso a punto con la poesía de Blas de Otero las volvió a emplear con la obra de otro poeta, Ángel González, que fue su gran amigo, su alma gemela, el poeta que escribió los poemas que Emilio Alarcos habría querido escribir. La simbiosis en este caso es total. En la historia de la literatura quedan para siempre enlazados los nombres del uno y del otro; en la pequeña historia de los que hemos tenido la suerte de tratarlos son ambos ejemplo y lección, uno de esos raros casos en que extrema bondad y acerada inteligencia no resultan incompatibles, y en que el crítico y el creador caminan a la par, son igualmente críticos e igualmente creadores.

Emilio Alarcos, catedrático, académico, conferenciante de honor en las más altas ocasiones, tenía algo de Groucho Marx y de Buster Keaton en su apariencia (y en su surrealista sentido del humor, que no dudaba en llegar a lo clownesco cuando se encontraba entre amigos de confianza), y mucho de Baroja en su horror a los tontos solemnes y en su manera de quitarse importancia. A Baroja nos suenan estas insólitas palabras con las que prologa sus «Ensayos y estudios literarios»:

«Son todos trabajos hechos a regañadientes. Sin ninguna fe en la importancia del tema tratado y menos aún en las opiniones que aparentemente se defienden. No significa ello que yo renuncie a seguir pensando lo mismo que en ellos se dice, sino simple-

mente que acepto de antemano que otros piensen lo contrario con tal que no pretendan vencerme. Por obligación los escribí, por obediencia los reproduzco, y ahí quedan. Yo me entretuve preparándolos. Me basta. Si alguien encuentra en ellos algo aprovechable, miel sobre hojue-



Emilio Alarcos en una solemne sesión académica

las (aunque no soy nada aficionado a estas dulzuras)».

Tan independiente y rico de ideas como Baroja, pero menos cascarrabias, no tiene nada de extraño que Emilio Alarcos escogiera una de las trilogías del novelista vasco como tema de su discurso de ingreso en la Real Academia. Lo que sí resulta insólito, lo que debió dejar pasmado a más de uno de sus colegas, fue que comenzara comparando a la novela con un tomate. Pero lo que nos sigue sorprendiendo hoy es que aquella aparente boutade siga todavía hoy

ilustrando más sobre la novela que tantas bizantinas consideraciones sobre la esencia del género.

Independiente, sí, como Baroja, era Emilio Alarcos, pero no arisco, no egoístamente dedicado a la realización de su obra, sin tiempo para los demás. Cachazudo y calmo, sin aparentemente apresurarse nunca, tenía tiempo para todo: para sus clases, de las que no quiso jubilarse, para cursos de verano y de invierno en los más diversos lugares, para discursos solemnes, para conferencias, para prólogos, para infinitas presentaciones de libros. Y jamás salió del paso con las cuatro vaguedades de costumbre o con retóricas fórmulas de cortesía. Siempre encontraba un momento, incluso en los más claros ejemplos de compromiso amical o social, para redactar un puñado de atinados folios que sacaba luego del bolsillo de la americana y que leía sin apenas levantar la voz, con aquel su inconfundible susurro al que había que estar muy atento para no perderse ni una sílaba.

QUISIERA terminar estas líneas con unos versos de Jorge Guillén, otro de sus poetas preferidos, que yo le oí leer y comentar a Emilio Alarcos, hace ya un cuarto de siglo, en uno de los Cursos de Verano de la Universidad de Oviedo. Pertenece al soneto «Muerte a lo lejos»: «... Y un día entre todos el más triste/ será. Tenderse deberá la mano/ sin afán. Y acatando el inminente/ poder diré sin lágrimas: embiste,/ justa fatalidad. El muro cano/ va a imponerme su ley, no su accidente».

Sé que eso es lo que le habría dicho Emilio Alarcos, con su estoicismo y su bonhomía, a la visita inesperada que le embistió una fría madrugada de enero y le hizo dejar sin terminar los folios —un prólogo, una conferencia— en los que trabajaba como cada noche desde hacía más de medio siglo. Pero a los que aquí quedamos lo que nos viene a las mientes es el grito exasperado de otros versos, también glosados por el maestro, éstos de Dámaso Alonso: «¿Qué bestia gris burrieciega/trota idiota, y te nos siega/ al tropicón?///¿Qué negro toro marrajo/te metió ese golpe bajo,/ a traición?»

José Luis GARCÍA MARTÍN